

los caídos en nuestra guerra, a esas 58 falangistas que entregaron su vida por la Patria, a las madres de nuestros heroicos caídos, a todos aquellos que en la guerra han tenido un sacrificio y un dolor.

Nada mejor que este ambiente castellano para un acto de esta naturaleza, al lado de los viejos muros que contemplaron los últimos instantes de la reina Isabel, en estas llanuras dilatadas que no cercan ni horizontes ni ambiciones, donde todavía parece que se siente galopar a los caballos de los caballeros de la reina. ¿Qué lugar mejor para la meditación sobre la vida? ¿Qué sitio más hermoso para formar a nuestras Juventudes?

En la vida de la reina Isabel de España tenéis todas un libro para el estudio. Ella conoció también los tiempos turbulentos y materialistas; ella se vió también abandonada entre la corrupción y el vicio. Pero supo mantener la pureza de su fe, la pureza de sus virtudes.

Este es el ejemplo que tienen las mujeres españolas de hoy, estas mujeres que en esos hogares hoscos, que más tienen de madrastra que de madres, han sabido conservar puro el sentimiento de la fe y el sentimiento de la Patria.

No acabó vuestra labor con lo realizado en los frentes, con vuestro auxilio a las poblaciones liberadas, vuestro trabajo en los ríos, en las aguas heladas lavando la ropa de nuestros combatientes. Todavía os queda más: os queda --lo dijo vuestra Delegada-- la reconquista del hogar; os queda formar al niño y a la mujer españoles, os queda hacer a las mujeres sanas, fuertes e independientes; crear ese carácter de que es ejemplo la reina que murió tras esos muros, de que es ejemplo aquel testigo castellano, pleno de ideales y de profecías, que representa a nuestra España.

A la guerra de ayer corresponde hoy la paz y la reconstrucción; pero no podemos abandonarlos, no podemos limitarnos a querer una simple fortaleza para España.

Yo no quiero una fortaleza para España para

embarcarla en locas aventuras: quiero una fortaleza para España, porque la fortaleza de la nación es la más firme garantía de la paz. La guerra sorprende y coge a los débiles, a los que no tienen virtudes; pero la guerra no alcanza a las naciones que se ponen en pie, a las mujeres que mantienen sus ideales, a los hombres que sienten el patriotismo y a todos los pueblos que tienen unidad.

Yerran los que se creen que bastan los armamentos y formaciones militares para armar la guerra. Las guerras futuras serán mucho más terribles que lo que la imaginación alcanza.

No serán las unidades en los frentes de batalla las que sufran el duro y bárbaro bombardeo; no serán las gloriosas formaciones masculinas las que tengan que luchar y sufrir el asedio de la guerra. Las guerras irán buscando los centros vitales de la nación, las fábricas y las comunicaciones, los puestos y los nudos; y entonces no padecerán los hombres sólo. Seréis también vosotras, mujeres españolas; será toda la nación la que sufra; y si para que el Ejército sufra se necesitan una disciplina y unas virtudes, ¡imaginaos lo que hará falta para que sufra una nación entera!

Son algunos los que creen que bastan estas formaciones. Son necesarias las virtudes, es necesaria la unidad, es necesario ese patriotismo que forjáis vosotras en los hogares, es necesaria esa disciplina que hacéis en vuestras consignas y en vuestras cosas juveniles. Es necesario levantar a España; y vosotras vais a ser las adelantadas de la paz.

Tengo fe en vuestra obra; yo os ayudaré. Yo haré que a todos los hogares españoles pueda llegar la comida y la alegría. Yo haré que en este vetusto nido se forje la primera Escuela de las Secciones Femeninas, donde se preparen las mujeres al conjuro y al recuerdo de aquella reina ejemplar, de aquella mujer suprema que marcó de un modo indeleble los caracteres de España.

Españoles todos, queridas camaradas femeni-